JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

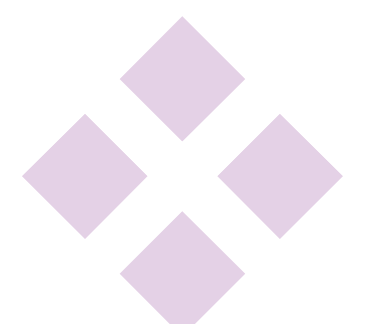
CLASE Nº 11

MARX, LA CONCIENCIA DE LA IGNOMINIA



QUÉ ES LA FILOSOFÍA
Una introducción
al saber de los saberes

Suplemento especial de **Página/12**



Insistamos en un par de cosas: Marx tiene veinticinco años cuando escribe el texto sobre la filosofía del derecho de Hegel. Está al frente de los *Anales Franco-Alemanes*, se ha casado con Jenny von Westphalen y sigue siendo algunas cosas que será toda su vida: un judío que fue convertido al protestantismo, un hegeliano que discutirá siempre a Hegel, superándolo o no, yendo más lejos en muchas cosas, un crítico despiadado del capitalismo y un teórico de la violencia. En este (temprano) texto empieza centrándose en la cuestión religiosa: "Para Alemania la crítica de la religión ha alcanzado su fin sustancialmente; y la crítica de la religión es la condición preliminar de toda crítica" (*Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, Ediciones Nuevas, Buenos Aires, 1965, p. 7. Esta edición trae notas aclaratorias de Rodolfo Mondolfo. Utiliza *Crítica* en lugar de *Introducción*. Otros utilizan *Contribución*. Este trabajo de Marx no debe confundirse con otro que no terminó y fue publicado póstumamente –en 1927– bajo el título de *Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel*. Pese a su mayor extensión este texto no es relevante, sobre todo comparado con la *Introducción*, ya que en él marx se lanza a transcribir textos de Hegel y a comentarlos críticamente pero sin mayores aportes. El texto que ha permanecido para júbilo intelectual de los estudiosos del marxismo y para cualquier lector que se le anime es el destellante y breve de los *Anales Franco-Alemanes*). Para Marx, que la crítica de la religión haya alcanzado su fin "sustancialmente" se debe a la tarea de Ludwig Feuerbach y su obra *La esencia del cristianismo*, de 1841. Feuerbach, en lo esencial, había postulado: Dios no creó al hombre; el hombre inventó a Dios. Marx se proponía ir mucho más allá. En este texto se encuentra la famosa frase: "La religión es el opio del pueblo" (Marx, ed. cit., p. 10). Veremos que no es tan simple como se pretende que la veamos. Marx quiere convocar al proletariado a una lucha que lo lleve a superar sus penurias sobre esta tierra. Para un joven revolucionario que propone una lucha aquí, ahora, en *esta* tierra, la propuesta de otro lugar, de otra tierra a la que no se llama tierra sino *cielo*, la propuesta de un más allá en que las penas de los hombres habrán de terminar y todos serán recompensados con la vida eterna junto al buen Dios, es una intolerable blasfemia, es la rendición incondicional de todo posible espíritu de lucha. Si la religión es el *opio* de los pueblos es porque –por mediación de la Iglesia y sus ejércitos sacerdotales– calma a los hombres, sosiega sus sufrimientos y los entrega a la miseria de la paciencia. El *otro* mundo funciona como adormecedor de las tragedias de *éste*. A eso Marx le llama *opio*: a la capacidad de la religión para adormecer las conciencias de aquellos que deben rebelarse para romper las cadenas de su sometimiento. La crítica del cielo ya está hecha. Hay que hacer ahora otra: "La crítica del cielo se transforma así en crítica de la tierra, la crítica de la religión en crítica del derecho, la crítica de la teología en crítica de la política" (Marx, ed. cit., p. 11).

EL PATHOS DE LA INDIGNACIÓN

Tomemos esa frase: *La crítica del cielo se transforma así en crítica de la tierra*. Es aquí, en este mundo profano, terrenal y pavorosamente injusto donde el joven Marx propone dar la lucha. La lucha se llama *crítica*. ¿Qué es la *crítica*? Creemos que los propósitos del joven Marx se ciñen a instrumentar el conocimiento como de-velador de las situaciones de ignominia. La crítica no es inocente. Es parte de la lucha y parte sustancial. La crítica es el relevamiento de la ignomimia. Escribe Marx: "(...) la crítica no es una pasión de la cabeza sino la cabeza de la pasión" (Marx, ed. cit. p. 15). La pasión de la cabeza se pone al frente de la pasión. La pasión de la cabeza se transforma en cabeza de la pasión. Hemos descubierto (desde la pasión de la cabeza) la ignominia. Ahora esa cabeza, que *sabe eso*, se pone como cabeza de la pasión. ¿Qué es esta pasión? "No es un bisturí, sino un arma" (Marx, ed. cit., p. 15). La pasión no puede ser un bisturí.

Bisturí: frialdad, exactitud, verificación, operación aséptica.

Sigue Marx: "Su objeto es su enemigo, a quien no quiere refutar, sino aniquilar" (Marx, ed. cit., p. 15).

Arma: pasión, pathos de la indignación, señalamiento del objeto enemigo, la relación con ese objeto no es gnoseológica, no busca *refutarlo*, su refutación no le interesa porque no le reconoce legitimidad, sólo desea *destruirlo*.

La frase de Marx acerca del objeto es revolucionaria en la historia de la filosofía. Hemos analizado a las filosofías idealistas con sus propuestas sobre el sujeto constituyente del objeto o como el sujeto-objeto idénticos del hegelianismo. Para Marx, el objeto (no olvidar: el objeto de conocimiento será el sistema de producción capitalista) *es su enemigo*. Su relación con él no se da en el plano de las ideas ("refutarlo") sino en el de la acción: *destruirlo.* De aquí que la crítica no sea un fin en sí misma. Es central, sí. Hay que conocer aquello que se desea destruir; si no, no sabríamos qué es. Pero, al revelarnos la crítica cuál es el objeto al que nuestra praxis habrá de cuestionar materialmente, está actuando como un medio, el fin es la acción revolucionaria.

Escribe Marx: "La crítica no se presenta ya como un fin en sí, sino únicamente como un medio. Su *pathos* esencial es la indignación, su labor esencial es la denuncia" (Marx, ed. cit., p. 15). ¿Dónde está el pathos de la indignación? ¿Por qué se oculta tanto? ¿Por qué, hoy, los seres humanos tan escasamente se indignan ante el dolor, la vejación, la tortura, el hambre?

Pregunta: ¿Dónde estuvo el pathos de la indignación durante la década del noventa?

¿Por qué se aceptó todo tan pasivamente? La crítica tiene que incomodar. De aquí que Marx diga: *Su labor esencial es la denuncia*. Pero la crítica puede hacer su tarea, puede denunciar cuanto quiera, y nada habrá de alcanzar. Son siempre los hombres, los sujetos concretos de la historia los que deben decir *basta*. Hasta aquí se llegó. Hagamos algo. Qué. En principio lo que hace la crítica: la denuncia. Luego, hagamos nuestro el pathos que reclama la crítica: *la indignación*.

LAS ARMAS DE LA CRÍTICA / LA CRÍTICA DE LAS ARMAS

Sigue el joven filósofo de la izquierda hegeliana con sus veinticinco años a cuestas y toda su lucidez y toda su pasión: *"Hay que hacer la opresión real aún más opresiva, agregándole la conciencia de la opresión; hay que hacer la ignominia más ignominiosa, publicándola"* (Marx, ed. cit., p. 17). Sabe, Marx, que la crítica de la filosofía especulativa del derecho "no se agota en sí misma" (Marx, ed. cit., p. 29). La crítica se resuelve en la práctica. *Todas las tareas de la crítica deben conducir a la práctica*. Y habrá, aquí, de escribir frases que serán célebres, acaso olvidadas hoy entre tanta hojarasca que se ha echado sobre el genio de Tréveris para sofocarlo, para congelar su pathos. Escribe Marx: "(...) el arma de la crítica no puede reemplazar a la crítica de las armas; la fuerza material debe ser abatida por la fuerza material; pero también la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas" (Marx, ed. cit., p. 30). La crítica, como arma, desnuda una situación de extrema injusticia, una situación de expoliación de clase. Esto lo hace la crítica con sus armas. Pero no son *estas armas*, las del conocimiento-desenmascarador, las que habrán de abatir a esa contundente fuerza material que es el capitalismo. Estado: represión policial. Iglesia: represión espiritual. (Veremos estos temas retomados por Marx en sus análisis sobre la Comuna de París.) La *fuerza material* del capitalismo debe ser abatida también por *otra* fuerza material. Pero *esta* fuerza material sólo lo es *en cuanto se apodera de las masas*. ¡Qué poco y mal habían leído a Marx los que, pretendiendo asumir la representación del proletariado urbano peronista, eligieron la violencia de las vanguardias! No hay tal cosa para Marx. Su idea de la violencia es la de la Comuna de París. Si no, no hay violencia revolucionaria. Sin masas, la violencia pierde legitimidad. Jamás asoma en Marx la idea de la guerrilla o el foco insurreccional. ¿Por qué se eligió, entre nosotros, en los setenta, al peronismo como posible sujeto de un movimiento insurreccional? Por su poderío de masas. *Ahí había que permanecer*. Si se contaba con las masas peronistas era con ellas que la violencia debía caminar para legitimarse. Sin ellas, foquismo, iluminismo vanguardista, militarización, ilegitimidad. Sé que sólo los convencidos aceptarán este razonamiento. Los otros dirán las invectivas de siempre. Pero uno no termina de entender por qué si el proyecto implicaba a las masas peronistas hubo que continuarlo, en soledad, cuando éstas iniciaron su claro, indiscutible movimiento de *reflujo*. Los argumentos de Rodolfo Walsh giraron sobre este eje. Era a Marx a quien se estaba refiriendo. La violencia sólo tiene su legitimación cuando se encarna en las masas contra un sistema de miseria planificada. Cuando no hay masas, cuando las masas se han retraído, la violencia gira en el vacío, enloquece y se pierde. Es posible que la vanguardia violenta invoque una y otra vez a un pueblo que no conoce. En cierto momento se hartará de él y decidirá actuar en soledad. ¿Conocían las guerrillas argentinas al pueblo peronista? Pongamos aquí la siguiente (y riquísima) cita de Marx: "La teoría logra realizarse en un pueblo sólo en la medida en que es la realización de sus necesidades" (Marx, ed. cit., p. 34). Frase que vale también para Mariano Moreno, un perfecto revolucionario iluminista, girando en el vacío, con el pueblo en otra parte, sin comprenderlo y sin ser comprendido por él. No pretendo resolver estas cuestiones en tan poco espacio. Supongo que habrá otros espacios, siempre los hay y, sobre todo, ya los hubo. Nunca terminamos ni terminaremos de reflexionar acerca de estos temas. De todos modos, si Marx, como filósofo de la modernidad, fijó tan lúcidamente la unión entre masas y fuerza material, esa arista de nuestros debates debe seguirlo, pues si la modernidad fue la época de las revoluciones lo fue por la unión entre masas y dirigentes, entre vanguardia y base material.

HACER LA IGNOMINIA AÚN MÁS IGNOMINIOSA

Nos acercamos a los tramos finales del breve, intenso texto de Marx. La crítica de la religión ya ha sido hecha. ¿Adónde conduce, qué certeza nos entrega? Nos conduce al *hombre* y nos entrega la certeza de su supremacía: "La crítica de la religión desemboca en la doctrina de que el hombre es el ser supremo para el hombre; termina, pues, en el imperativo categórico de derribar todas las relaciones sociales en que el hombre es un ser rebajado, humillado, abandonado" (Marx, ed. cit., p. 30). Que el hombre es "el ser supremo para el hombre" es una fórmula de Feuerbach que Marx retoma aquí y la hace propia. Estamos en el corazón del humanismo marxista. Este humanismo no es una *humanitas* universal. Este humanismo se estructura en un *imperativo categórico*. Este imperativo compromete a "derribar" las "relaciones sociales" en que el hombre es un ser humillado. Este humanismo es tal para los humillados. Es el humanismo de los humillados. Toma partido. Los que humillan *también* son hombres. Pero no luchan por su dignidad, están *fuera* del imperativo categórico fundante. El humanismo del joven Marx, en suma, nos impulsa a tomar partido por la dignificación de los humi-

llados. Es un humanismo dualista: "Para que una clase sea por excelencia la clase de la emancipación, se requiere, inversamente, que otra clase sea evidentemente la clase del sojuzgamiento" (Marx, ed. cit., p. 40). Este *dualismo* le será reprochado a Marx. El deconstructivismo buscará deconstruir las relaciones binarias porque encontrará en ellas las bases de los totalitarismos. Pero falta mucho. Estamos en 1843 y el joven Marx ve que la mayoría de los hombres padecen bajo el dominio de la burguesía. Propone quebrar esa relación porque, dice, en ella el hombre no es el ser supremo para el hombre, sino que está humillado, rebajado. Y llegamos al final: el texto concluye estableciendo relaciones de hierro entre la filosofía y el proletariado. Escribe el joven director de los *Anales Franco-Alemanes*: "Así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas materiales, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas espirituales" (Marx, ed. cit., p. 47). Observen qué ardoroso desempeño le adjudica al pensamiento: la filosofía es, aquí, entendida como el "arma espiritual" del proletariado. De modo que si le preguntáramos a este joven de veinticinco años lo que empezamos preguntándonos al comienzo de estas clases, si le preguntáramos *Qué es la filosofía*, nos daría una respuesta única y contundente: *La filosofía es un arma*. Es un arma *espiritual*. Es un arma que está al servicio de la liberación del proletariado. Y si hablamos –como habla Marx a renglón seguido– de la emancipación de Alemania, la filosofía será, entonces, la *cabeza* de esa emancipación. Porque su corazón es el proletariado: "La cabeza de esta emancipación es la filosofía; su corazón, el proletariado" (Marx, ed. cit., p. 48). Sé que muchos de ustedes ya han hecho cursos conmigo y han leído también mis textos. De modo que no les digo nada nuevo si les digo lo que ahora voy a decir. Pero quiero decirlo: este texto de Marx es uno de los más hermosos y pasionales de la historia de la filosofía. Las palabras que lo traman lo testimonian: la verdad del más acá, la misión de la historia, la crítica de la tierra en reemplazo de la crítica del cielo, la crítica es la cabeza de una pasión, no es un bisturí sino un arma, el pathos esencial de la indignación, hacer más opresiva la opresión real agregándole la conciencia de la opresión, hacer la ignominia aún más ignominiosa: publicándola, la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas, el hombre es el ser supremo para el hombre, el imperativo categórico de socorrer a los humillados, el proletariado es el arma material de la filosofía, la filosofía es el arma espiritual del proletariado, la filosofía es la cabeza de la emancipación, su corazón: el proletariado.

INTERPRETAR EL MUNDO PARA TRANSFORMARLO

Esta década del '40 es muy fructífera para Marx. Tal vez lo ayude no padecer las penurias económicas que marcarán luego sus días, pese a la constante ayuda de Engels. En la primavera de 1845 escribe sus célebres *Tesis sobre Feuerbach*, que recién habrán de ser publicadas en 1888 como anexo al libro de Engels sobre la filosofía clásica alemana. Todos ustedes conocen la *Tesis Once*. Pero, pese a ser tan notoria, o tal vez a causa de esa notoriedad y al riesgo de que la misma haya obliterado su fresca comprensión, es que nos volveremos a detener en ese paisaje, al parecer tan transitado. Célebremente la Tesis dice: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*". Hay instalada una pésima interpretación de esta tesis que me interesaría refutar. La interpretación dice que la Tesis Once denigra o humilla a la filosofía en beneficio de la praxis. Que abomina de la *interpretación* y entroniza la *transformación*, con lo cual Marx vendría a ser un sepulturero de la filosofía, o, sin duda, un enemigo desde el campo de la acción. Voy a tomar esta perseverancia de manos ilustres: las de Martin Heidegger. El texto aparece en la revista *L'Express* de octubre de 1969. En el libro que consulto es también nuestro ilustre (y no tan presente en nuestras meditaciones como merece estarlo) Carlos Astrada quien ordena y comenta el material. Se le pregunta a Heidegger sobre la Tesis 11 de Marx. Heidegger, fiel a su estilo, señala que es propio del mundo moderno (el mundo de la modernidad) sostener una "oposición radical" entre la "visión teorética del mundo" y la "actitud práctica que pretende transformarlo". Adjudica, con justicia, a Marx la responsabilidad de tal "oposición radical" y afirma: "Mas hoy la acción sola no cambiará el estado del mundo sin interpretarlo antes" (*Conmemorando a Heidegger*, Rogelio Fernández Couto compilador, Letra Viva, Buenos Aires, 2002, p. 483). Veamos: ¿alguno de ustedes cree que Marx proponía cambiar el mundo *sin* interpretarlo antes? Más aún: ¿no es por demás conocida la concepción que Marx tiene de la praxis histórica y política? ¿Alguien puede ignorar que –para Marx– se trata, no de interpretar *antes* el mundo y transformarlo *después*, sino de interpretarlo en tanto se lo transforma y transformarlo en tanto se lo interpreta? No obstante, la posición de Heidegger es la de la mayoría de los filósofos antimarxistas que interpretan esta Tesis Once. La mala fe es excesiva. Ustedes van a observar que yo tengo varios puntos no compartidos con Marx, pero cuando detecto estas ruindades que se cometen con su filosofía tiendo a ponerme fervorosamente de su lado. ¿No venimos de escuchar al joven Marx decirnos que la filosofía es la cabeza del proletariado y el proletariado el corazón de la filosofía? ¿No conocía Heidegger la *Introducción a la Filosofía del Derecho de Hegel*? Si Heidegger incurre en una grosería semejante, ¿qué se puede esperar de los antimarxistas de los periódicos, de un Vargas Llosa o de alguno de los nuestros, todos de bajo calibre intelectual?

Digámoslo claro: la Tesis 11 no reniega de la filosofía, le señala un camino. Ese camino es la transformación de la realidad. Se trata ahora no sólo de pensar el mundo, sino de pensarlo para cambiarlo, porque el pensamiento me ha dicho (o, con mayor precisión, le ha dicho a Marx y Marx nos lo dice a nosotros) que el mundo es injusto. Lo incómodo de la Tesis es que termina con la filosofía contemplativa: "El mundo es así". Marx no dice eso. Dice: "El mundo es así". Y en seguida dice: "Y es ignominioso que sea así". Y por fin dice: "Hay que cambiarlo". Y ahí empieza la cosa. Más adelante, de Marx, dice Heidegger: "El Ser es pensado por Marx como naturaleza que se trata de dominar, de conquistar" (*Ob. cit.*, p. 488). Y esta interpretación es acertada. Pero lo veremos al estudiar ese formidable panfleto político que es el *Manifiesto comunista*.

"LA CUESTIÓN JUDÍA"

Ahora, antes de abandonar los textos de los *Anales Franco-Alemanes*, vamos a centrarnos en uno que los marxistas ortodoxos, tan malos intérpretes de Marx como los antimarxistas, han tratado de silenciar por la delicada cuestión que toca y, sobre todo, por *cómo* la toca. Se trata de *La cuestión judía*. Si lo tomo no es sólo para ver la posición de Marx ante el pueblo del que provenía, sino porque es un material muy valioso para mostrar cómo visualizaba aristas del capitalismo que seguirá analizando en sus textos maduros. Marx, en efecto, trata aquí de eso que –varios años más tarde, en *El capital* (1867)– llamará la mercancía a la que se remiten, como su equivalente, todas las mercancías: *el dinero*.

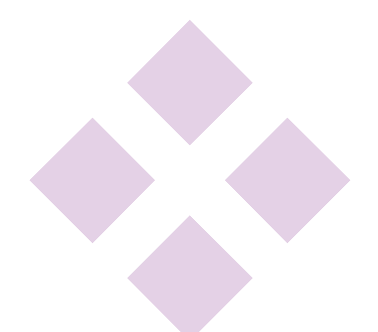
Marx toma como despegue un texto de Bruno Bauer, un mediano pensador de la izquierda hegeliana, y formula las preguntas que Bauer se hace y a las que él dará respuestas diferenciadas: "Los judíos alemanes aspiran a la emancipación. ¿A qué emancipación aspiran? A la emancipación cívica, a la emancipación política". (*Los Anales Franco-Alemanes*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1970, p. 223). La respuesta de Marx –para un lector políticamente correcto de hoy y, cómo no, para otros también– habrá de ser sorprendente. Accedamos, ya mismo, a esa inesperada resolución: la cuestión judía se resuelve con la eliminación del capitalismo. Pero no porque –según uno intuye de inmediato– con el fin del capitalismo habrán de suprimirse todas las injusticias o todas las intolerancias, sino porque –al suprimirse el capitalismo– se suprimirá el dinero y el dinero, utilizado en la modalidad de la usura, es el alma de los judíos. Sin capitalismo, no habrá dinero. Sin dinero, no habrá usura. Sin usura, no habrá judíos. Sin judíos, no habrá cuestión judía. Esto que acabo de ofrecerles es una síntesis acaso explosiva para interesarlos –sin soslayo posible– en la más pormenorizada exposición del problema a la que ahora me entrego.

El texto de Marx se extiende en una exposición del de Bauer. Todavía es un ensayista joven y sólo se siente seguro cuando ha expuesto (y ha exhibido su comprensión de) las razones de su oponente. Pero, de pronto, llega la potencia de su privilegiada cabeza. Tratando el tema de la *seguridad* con que el judío quiere ser igualado al cristiano, escribe: "La *seguridad* es el concepto social supremo de la sociedad burguesa, el concepto de *policía*, de acuerdo con el cual toda la sociedad existe para garantizar a cada uno de sus miembros la conservación de su persona, de sus derechos y de su propiedad (...) El concepto de la seguridad no hace que la sociedad burguesa supere su egoísmo. La seguridad es, por el contrario, *La garantía* de ese egoísmo" (*Ob. cit.*, p. 244). Interesa este texto (a nosotros que filosofamos en *situación*, es decir, desde este extremo sur del planeta) porque permite ver por qué la derecha hace de la seguridad su bandera. La seguridad, dice Marx, es el concepto de policía. La sociedad capitalista es el mundo del egoísmo y la seguridad es la garantía de ese egoísmo. Recordarán Uds. esa jornada multitudinaria que hegemonizó ese personaje de apellido Blumberg y cómo las radios fascistas del país, que son abrumadoramente poderosas, lo respaldaron. La falta de seguridad asusta al burgués. Y el burgués asustado –según una célebre y sin duda certera máxima– se hace fascista.

EGOÍSMO, USURA, DINERO

Seguimos con Marx y los judíos. La solución que busca el hombre de Tréveris parte de señalar que sólo habrá emancipación del judío cuando se ponga en claro "la posición especial que ocupa el judaísmo en el mundo esclavizado de nuestros días" (*Ob. cit.*, p. 251). Hay que estudiar al *judío real*. ¿Qué entiende Marx por esto? Lo dice así: "¿Cuál es el fundamento terrenal del judaísmo? La necesidad *práctica, el interés egoísta*. ¿Cuál es el culto terrenal practicado por el judío? El *comercio*. ¿Cuál es su dios terrenal? El *dinero*" (*Ob. cit.*, p. 251. Todas las cursivas pertenecen al texto de Marx). Cuando Marx habla del fundamento terrenal del judaísmo lo hace porque ha resuelto dejar de lado las cuestiones religiosas, bíblicas. Se refiere, él, al judío del capitalismo, al terrenal, al que durante todos sus días ejerce su oficio, el oficio que ejerce con su dinero: la usura. Escribe: "Una organización de la sociedad que acabase con las premisas de la usura y, por lo tanto, con la posibilidad de su existencia, haría imposible la existencia del judío" (*Ob. cit.*, p. 252). Escribe: "La *emancipación de los judíos* es, en última instancia, la emancipación de la humanidad del judaísmo" (*Ob. cit.*, p. 252).

Detallemos: el judío, en el esquema de Marx, ya está emancipado. A la manera judía. Es su poder, el del dinero, el que lo ha hecho más poderoso que los cristianos. El judío, execrado y maldito en los países de Europa y el Nuevo Mundo, maneja, sin embargo, los destinos de las naciones, porque maneja el dinero. Cita, Marx, a Bauer: "'El judío que en Viena, por ejemplo, sólo es tolerado, determina con su poder monetario la suerte de todo el imperio'" (*Ob. cit.*, p. 252). Al convertir, los judíos, al dinero en el alma de la socie-



dad capitalista o, si se quiere, al apoderarse de ese *resorte* con que el capitalismo se maneja, se han apropiado del capitalismo, lo han puesto a sus pies. El espíritu práctico de los judíos penetró a los cristianos y los cristianos, para sobrevivir dentro del capitalismo, han tenido que adoptar el espíritu práctico de los judíos. "Los judíos", escribe Marx, "se han emancipado en la medida en que los cristianos se han hecho judíos" (*Ob. cit.*, p. 252). No obstante, será sensato señalarle a Marx que los judíos no inventaron el capitalismo. Se han, como dice él, apoderado del resorte del dinero. Pero el capitalismo es una creación cristiana. Acaso el judío (seguimos, aquí, el planteo de Marx) estaba muy bien dotado para adaptarse a él y "apoderarse" de la herramienta fundamental del sistema: el dinero. Desplazando así a los cristianos quienes, pese a haber creado el sistema del dinero como mercancía a la que remiten *todas* las mercancías como equivalente general (veremos esto al estudiar *El capital*), parecieran inocentes de la sustancial inhumanidad del sistema.

Cita luego, Marx, algunos textos poco agradables de un "devoto habitante de Nueva Inglaterra", un tal coronel Hamilton (*Ob. cit.*, p. 252). Este hombre dice que la *usura* se ha apoderado de todos los pensamientos del judío y que, éstos, cuando "apartan la mirada por un momento de sus negocios, lo hacen para olfatear los de los otros" (*Ob. cit.*, p. 253). Así las cosas, en qué geografía habrá de prosperar con largueza el genio judío para el dinero y la usura. Adivinaron: en Norteamérica. "El señorío práctico del judaísmo (señala Marx) sobre el mundo cristiano ha alcanzado en Norteamérica una expresión inequívoca y normal" (*Ob. cit.*, p. 253). No muy lejos habrá de andar Heidegger cuando vea en Estados Unidos la materialización más extrema del triunfo del mercantilismo, de la civilización de lo óntico y del olvido absoluto del Ser desde el tecnocapitalismo y su devastación de la tierra.

EL DIOS DE ISRAEL ES EL DINERO

Seguimos con Marx: se burla de Bauer. Éste, dice, cree que hay una contradicción, una "situación ambigua", entre el *poderío real* de los judíos y los derechos políticos que se les niegan en la práctica. Marx, arrojando una vez más su helado desdén sobre Bauer, dirá que esa situación "ambigua" es sólo aparente y no es más que la contradicción entre la política y el poder del dinero. La política (de la cual el judío está excluido) domina "idealmente" sobre el poder del dinero. En la práctica, *la política es esclava del poder del dinero*. Del poder judío. Escribe Marx: "El judaísmo se ha mantenido *al lado* del cristianismo, no sólo como la crítica de éste, no sólo como la duda implícita en el origen religioso del cristianismo, sino también porque el espíritu práctico judío, el judaísmo, se ha mantenido en la sociedad cristiana, y en ella ha experimentado su máximo desarrollo" (*Ob. cit.*, p. 253. Siempre las cursivas son de Marx). Podríamos inferir de esto que el cristianismo ha instaurado la mejor de las sociedades posibles para el florecimiento del judío: el capitalismo. Es en la sociedad del egoísmo donde el egoísmo judío habrá de triunfar sobre todos los otros egoísmos, ya que no hay mayor egoísmo que el del judío, constituido, todo él, por la materia del egoísmo. Sigue Marx: "El judaísmo no se ha conservado a pesar de la historia, sino gracias a la historia. La sociedad burguesa engendra constantemente al judío en su propia entraña. ¿Cuál era de por sí el fundamento de la religión judía? La necesidad práctica, el egoísmo" (*Ob. cit.*, p. 254). Pero ya estamos en el meollo, en el corazón de lo que Marx quiere explicitar: el monoteísmo judío, ese culto a un dios abstracto es la abstracción del elemento central de la sociedad burguesa: el dinero. Escribe: "La *necesidad práctica*, el *egoísmo*, es el principio de la sociedad burguesa (...) El Dios de la *necesidad práctica* y *del egoísmo* es el *dinero*" (*Ob. cit.*, p. 254). Para Marx, entonces, el Dios de Israel ("el celoso Dios de Israel") es el dinero. Ningún otro dios puede prevalecer ante éste. Escuchen esta frase, tiene futuro en el pensamiento de Marx (aunque, cuando la retome, ya no lo hará a propósito de los judíos): "El dinero humilla a todos los dioses del hombre y los convierte en mercancía. El dinero es el *valor* de todas las cosas, constituido en sí mismo" (*Ob. cit.*, p. 254). Saltemos de 1843 a 1867. En el capítulo II del primer tomo de *El capital* escribe Marx: "Por consiguiente, en la misma medida en que se consuma la transformación de los *productos del trabajo en mercancías*, se lleva a cabo la transformación de la *mercancía en dinero*" (Karl Marx, *El capital*, tomo I, volumen I, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, p. 106). Es el capítulo sobre el fetichismo de la mercancía. En él demuestra Marx cómo el dinero se convierte en el *equivalente* de todas las mercancías en un desarrollo cósico por medio del cual las relaciones entre hombres devienen relaciones entre cosas. Marx, en el texto que estamos estudiando, insiste en que el dinero es la esencia del trabajo y "de la existencia del hombre, enajenada de éste, y esta esencia extraña le domina y es adorada por él" (*Ob. cit.*, p. 254). El hombre, así, es un ser sometido a una "esencia extraña". Esta esencia es la esencia de su trabajo que se le ha enajenado y ha cobrado vida propia. Esta esencia es el dinero. Es un dios que domina al hombre y, a la vez, es adorado por él. El hombre, bajo el capitalismo, adora a un dios que lo domina, que es la esencia de su trabajo pero que se ha enajenado de él, de aquí su fantasmagoría, de aquí su sustantividad, su poder para transformarse en un dios digno de ser adorado. Y Marx es contundente (demasiado, diríamos): "El Dios de los judíos se ha secularizado, se ha convertido en Dios universal. La letra de cambio es el Dios real del judío" (*Ob. cit.*, p. 254). El judío, así, no tiene *nacionalidad* ni necesita tenerla. Su nacionalidad es la del *mercader* y con ella domina la íntegra sociedad burguesa, de la que es su esencia.

Lo que señala Marx es que el judío se ha abierto un camino incontenible en la sociedad burguesa, la cual no ha dejado de ser cristiana, dado que se ha coronado en el mundo cristiano, pero en esa coronación llega a su apogeo el judaísmo. El cristianismo ha hecho el capitalismo para que el judaísmo lo dominara por medio del dinero. De esta forma, el judaísmo ha hecho del hombre un objeto vendible, entregado a la servidumbre de la necesidad egoísta, al tráfico y la usura (*Ob. cit.*, p. 256). Llega, Marx, al final. Y escribe: "No es, por lo tanto, en el Pentateuco o en el Talmud, sino en la sociedad actual, donde encontramos la esencia del judío" (*Ob. cit.*, p. 256). Y la frase final cae con la pesadez de una roca: "La emancipación *social* del judío es la *emancipación de la sociedad del judaísmo*" (*Ob. cit.*, p. 257).

Confieso que el texto me resulta poco agradable. Para aquellos de ustedes que no lo conocían (y no es muy tratado, ya que es francamente incómodo en la producción de Marx) voy a decir un par de cosas. ¿Recuerdan la frase del hegeliano Walter Kaufman que cité anteriormente? Hablaba del apasionado interés de Marx por la salvación de la humanidad sufriente. Decía que se había convertido en el "segundo judío de la historia al que casi medio mundo ha aceptado por mesías" (*Ob. cit.*, p. 405). Error: pareciera que a este mesías judío poco le interesa ser judío y no ha venido a redimir a los judíos y a la humanidad sufriente, sino a redimir a la humanidad sufriente de los judíos. El esquema de Marx es ajustado y está bien expuesto (si uno acepta sus supuestos). Es así: 1) El judío entra en el mundo cristiano con su Dios abstracto y la abstracción que ese Dios (o la creación de él) le ha enseñado a instrumentar: el dinero; 2) La sociedad burguesa, que es la sociedad del dinero, ha sido creada por el mundo cristiano, pero en ese mundo son los judíos quienes mejor se han manejado, llegando, por este mérito, a dominarlo; 3) El capitalismo está sostenido por la praxis egoísta del Dios de Israel y sus hijos egoístas y usureros; 4) Para ser usureros y dominar la sociedad burguesa se han convertido en el pueblo del dinero, con el cual, como mercancía equivalente de todas las mercancías, dominan al mundo; 5) Por consiguiente, el capitalismo es la sociedad del judaísmo. La emancipación del judío es desaparecer con el capitalismo. Sin judíos, no habrá capitalismo ni, menos aún, existirá el problema de la emancipación del judío. *Porque no es el judío el que debe emanciparse, sino la sociedad la que debe emanciparse de él emancipándose del capitalismo.*

LOS JUDÍOS MARXISTAS

Caramba, ¿qué pasó aquí? No pienso terminar esta clase dejando a Marx en una posición tan incómoda. Según este texto, Hitler debió haberlo amado, y, desde luego, lo odió. Marx nace judío. A los seis años se convierte al cristianismo: quiere entrar a un colegio católico. Es, así, un judío converso. Su padre, lo dijimos, se convirtió al protestantismo luterano. Sólo su madre permaneció judía. Pero hay elementos decisivos: raramente Marx volverá a escribir textos, por decirlo así, *antisemitas*. Nombrará, con alguna frecuencia, al Shylock shakespereano, pero, en parte, porque era un gran lector de Shakespeare. El odio al judío no forma parte del corpus marxista. Y muchísimos de su seguidores fueron judíos. ¿Necesito enumerarlos? Ustedes los conocen: Trotsky (Bronstein), Rosa Luxemburgo y cortemos con tres personajes contundentes: Isaac Deutscher, György Lukács, Walter Benjamin. ¿Qué se puede decir? ¿Alguien puede pensar que no habían leído *La cuestión judía*? Y cientos de miles de militantes de todo el mundo han sido judíos marxistas. Los militantes de la izquierda peronista, los chicos del Nacional Buenos Aires, los que alfabetizaban en las villas, los combatientes de la guerrilla, judíos, no todos, ¡pero cuántos! No hay más que leer los nombres de los desaparecidos que **Página/12** publica diariamente al pie de sus páginas. Alcanza con saber (como sabemos) la especial crueldad con que los grupos de tareas de nuestro Reich torturaban a los judíos en los campos de concentración. Además, ¡Marx era judío! Un judío se puede convertir al mahometanismo, al protestantismo o al catolicismo. Siempre será judío. Den por descontado que muchos enemigos de Marx, en su tiempo, habrán dicho: "¡Ese judío podrido que anda soliviantando a los obreros!" Den por absolutamente seguro que Hitler le habría reservado un lugar de privilegio en alguna cámara de gas. Por otra parte, ¿no habrá sido su condición de judío la que lo llevó a un análisis tan implacable de la sociedad burguesa, a una comprensión tan exhaustiva del papel del dinero, de la abstracción que éste implica al estar manejado por un pueblo monoteísta? Aunque ojo con esto último porque implica aceptar que el judío está destinado a ser la esencia de la sociedad burguesa, tal como dice, erróneamente, Marx. Pero habría sido interesante decírselo.

¿Por qué tomé este texto entonces? Porque me fascina la complejidad de los grandes filósofos. Marx tiene dos puntos endebles: el de la cuestión judía y el de su tratamiento lineal y eurocentrista de la cuestión colonial (pese a algunos textos tardíos sobre el tema). No podemos hacernos los distraídos. Están ahí. Mi obligación es enseñarlos. Además, *La cuestión judía* es un primer análisis sobre el tema del dinero como equivalente general de las mercancías en la sociedad burguesa. Quería instalarlo desde ahora –y creo no equivocarme– como antecedente de la cuestión del fetichismo de la mercancía. Marx, que fue un genio, también fue un burgués del siglo XIX que cargó sobre sí con algunos pesados condicionamientos de su tiempo. Seguiremos con él.

el próximo domingo
CLASE Nº 12
EL "MANIFIESTO COMUNISTA" Y LA GLOBALIZACIÓN